

UN CAMINO PARA LA PAZ Y LA BELLEZA

FELIX MARAÑA

¿Pero sabían los jóvenes inmolantes del estadio Geysel de Bruselas que un mismo camino ha de conducirnos a la paz y a la belleza? ¿Alguno de ellos pensaría tal vez que la violencia es a su modo una manera seductora para celebrar el Año Internacional de la Juventud? No creo que Europa, madre y madrastra, haya encontrado ese camino de la paz y la belleza y no ha de hallarlo mientras envíe a sus hijos a invadir territorios donde sólo pueden llegar al embrutecimiento. ¿Queda poesía en Europa? ¿Nos resta a los europeos alguna vergüenza que enseñar? Es posible que alguien dude todavía que el poder embrutecedor de los elementos incontrolados de la ciencia es una amenaza para la sociedad moderna, pero nadie podrá decir que desde Europa no se comete barbarismo. ¿Necesitamos referirnos al Oeste americano para contar, en una historia con indios incluidos, la desproporción del hombre en el modo de conducirse con sus semejantes? Después de lo de Bruselas, después de la violencia de todos los días en todas las **Bruselas** del mundo, ¿cómo reconducir a los jóvenes al ejercicio de la paz y el pensamiento? ¿Y cómo decirles a los jóvenes que la vida tiene significación, si apenas comienzan a retozar de la pereza de la placenta se les presenta de sopetón la violencia como método y «cultura»?

En todo caso, la reflexión primera que se nos presenta sobre el comportamiento humano de la joven sociedad de hoy nos lleva a una conclusión cada día más consecuente: los métodos educativos que hoy se priman no tienen en cuenta el desarrollo de la sensibilidad creativa de los jóvenes, a quienes se alimenta en lo biológico—es decir, lo que no es **cultura** en el hombre—, en el culto al cuerpo, cuya supervaloración trae como consecuencia un alto índice de frustración en muchos casos—droga, etc.—. Los sistemas educativos han arrumbado esa práctica tan sana y deportiva como es la lectura. Es decir, el conocimiento de la realidad a través de un proceso de interiorización. Y si no es porque la realidad es más compleja que toda definición, simplificadora, había que concluir en un silogismo: quien lee halla las claves para interpretar el mundo, moverse en él, quien no lee no piensa, y quien no piensa se embrutece. Todos los estudios del comportamiento humano, todas las teorías de la Gestalt, todos los análisis científicos de

contemporáneos como Alfred Adler, Carl Jung, psicoanalistas, el mismo Freud, tendrían hoy un nuevo elemento que analizar en la individualidad del hombre. Resulta obvio concluir al mismo tiempo que los procesos de inadaptación, incompreensión, insatisfacción del joven ante el mundo escaso y mal repartido son procesos de inadaptación, incompreensión e insatisfacción de la propia persona sobre sí misma. Cuando no se comprende el mundo se llega al pesimismo y de ahí a la autodestrucción.

En un reciente seminario sobre «Los jóvenes y los medios de comunicación» celebrado en Madrid se afirmó que los jóvenes españoles no se identifican con la sociedad que les ha venido dada. No es un mal de fronteras esta actitud juvenil, pero sí es consecuencia de un aspecto nuevo, dramático, que viene a descomponer la sociedad moderna: el desempleo, la falta de unos medios propios con que desenvolverse y autorrealizarse. No más del 40 % de los jóvenes varones menores de 24 años son económicamente autosuficientes en España. El 74 % de los licenciados jóvenes en paro no ha tenido nunca ningún empleo. La juventud rural vive al margen de la cultura, haciendo una historia que otros van a escribir en su nombre o a su pesar. Ante esto, parece que el desaliento es un camino obligado. Sin embargo, no es este el signo de los tiempos. Veamos qué nos dice don Pío Baroja: «De joven y sin cultura no iba yo a fijarme un concepto, una significación y una fe en la vida, cuando flotaba, y flota, en el ambiente la sospecha de si la vida no tendrá ninguna significación y objeto; pero sin proponerlo y hacerlo de una manera expresa, marchaba a seguir la máxima del poeta latino: «Coge la flor del día sin pensar demasiado en la de mañana». La cultura, la acción y la creación cultural creo que es el único camino para eliminar la miseria espiritual. Y, si se me permite, silogismos aparte, un buen ejercicio de humanismo, de búsqueda de la verdad. Creo, con los hermetistas auténticos, de los que Rentería cuenta con figuras inimitables que la caridad suprema es la búsqueda de la Verdad. Para eso hace falta construir aquel camino que, a la par, conduce a la Paz y a la Belleza. Lo demás, silencio. Es silencio. Y neutrones.